

FRATERNIDAD REDIMIDA EN CRISTO
53° Congreso Eucarístico Internacional
Quito (Ecuador)
8 - 15 de septiembre 2024

Hna. Daniela A. Cannavina, SCMR

La carta Encíclica del Papa Francisco, sobre la fraternidad y la amistad social, inicia trayendo la experiencia de Francisco de Asís, el hermano de todos y de todo, el gran artesano de la fraternidad universal. Ser artesano de fraternidad, es una expresión que cobra fuerza en la trama de las relaciones mutuas donde se concreta de una forma real el amor de unos a otros. Inicia diciendo el Papa: «*Fratelli tutti*, escribía san Francisco de Asís para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio» (FT 1).

Qué bello es encontrar esta expresión en una Encíclica: «proponer una forma de vida con sabor a Evangelio». No hay fraternidad sin sabor a Evangelio, es más, el Evangelio es el núcleo de la fraternidad.

Hay dos palabras que comparten la misma etimología: saber y sabor. Saber implica experimentar el sabor de algo. Esta interpretación sugiere que saber no es simplemente acumular conocimiento o llenar la mente con información, sino percibir el sabor de algo que se comprende a través de la experiencia. Y el Papa, en esas primeras palabras con las que abre la Encíclica, nos está invitando a percibir experiencialmente la gracia de ser hermanas y hermanos, la gracia de la fraternidad, que lleva impresa cada página del Evangelio. El Evangelio de Jesús, en la mesa de la Palabra, nos reúne como santo Pueblo fiel de Dios y nos renueva el lenguaje del amor para congregarnos como hermanos (Cfr. Doc. Base 28).

Y en continuidad con la citada Encíclica, a lo largo del numeral 1, se destaca y subraya la invitación a un amor que trascienda las barreras geográficas y espaciales; porque es feliz quien ama tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él. Con estas iniciales palabras se expresa lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite. Permite que las personas se

sientan integradas a una comunidad global, sin fronteras, barreras o límites, donde la conexión sea más profunda que las diferencias que separan, dividen y no permiten reconocernos.

Estamos celebrando un Congreso Eucarístico Internacional en el Continente Latinoamericano y Caribeño, acogidos en la ciudad hermana de Quito - Ecuador. En el recorrido de la historia de los Congresos, se lee que, desde el 37º Congreso celebrado en Mónaco, en el año 1960, fueron llamados *Statio Orbis* (propuesta del liturgista Josef Jungmann, SJ), con la celebración de la Eucaristía como centro y vértice culminante de todas las diversas manifestaciones y formas de devoción eucarística¹. La Eucaristía no cabe duda de que acoge a todos, es el misterio del amor más profundo, tan universal y tan particular. Tan tuyo, tan mío, tan nuestro. En ella se resume el mensaje central de Jesús: el Amor. Un amor que se manifestó en el don total de sí mismo expresado a lo largo de su vida. Este amor es el reflejo de Dios, sin límites ni condiciones. Dios Familia, Dios Amor, Dios Comunidad.

Al hacer de la Eucaristía nuestro centro vital, nos identificamos con Jesús y nos comprometemos a seguir su ejemplo y a vivir como Él vivió y amar como Él amó. El verdadero alimento no es el pan que comemos, sino el Pan en el que nos convertimos cuando nos damos a los demás. No solo recibéndolo nos “hacemos uno de los suyos”, sino sobre todo cuando nos dejamos consumir por su amor y nos transformamos en instrumentos de ese amor para todos, cercanos y lejanos.

En relación con lo dicho, nuestro hermano Benjamín González Buelta, jesuita, rezará:

No eres una mayúscula
que no cabe en la boca
de los más pequeños,
sino pan hecho migajas
entre los dedos del Padre
para todos los sencillos.

¹ Los Congresos Eucarísticos, www.vaticano.com

En cada Eucaristía, elevamos el pan y el vino en medio de la comunidad. En ellos hay dolores y alegrías, jóvenes sin futuro, padres sin trabajo, familias sin techo, rostros de hermanos migrantes en busca de mejores condiciones de vida, víctimas de abuso y explotación, enfermos, abuelos solitarios, niños sin contención, mujeres violentadas, tantos rostros marginados y excluidos, un pueblo hambriento... Toda esta realidad humana, se reconcilia en el pan y el vino compartidos en la mesa y se transforma en presencia del Resucitado. Al comulgar con Él, nos sentimos unidos en la misión de construir su reinado, que nos incluye a todos. El sueño de un mundo sin exclusiones se nutre de la Eucaristía².

El gesto de Jesús, de estar con los suyos, partirse y entregarse, nos hace cómplices del «ideal cristiano, inspirado en el realismo de la dimensión social del Evangelio, que demanda fraternidad de forma permanente, siendo un componente específico de la mística eclesial» (Santiago Madrigal).

El Papa nos ha recordado que el Evangelio, siempre invita a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro. Así lo expresa en el numeral 88 de *Evangelii Gaudium*: «La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura».

Sí, la revolución de la ternura es la dimensión humana que tiene la capacidad de reconstruir el mundo y nuestras comunidades desde una mirada profundamente sabia. La ternura nos humaniza y nos hace capaz de escucha, de aceptación, de apreciar justamente a los demás, de tolerarlos con misericordia. La ternura mide el grado de humanidad que hemos alcanzado, y, fuera de ella, no hay ni puede haber auténtica humanidad. Y siendo la ternura el lenguaje de nuestra condición amorosa, habla por eso de cercanía, de donación, de comunión, de gratuidad y de fraternidad. La ternura facilita y posibilita la cercanía reclamada por el amor y la amistad, en la fecunda convivencia cotidiana. Allí, la ternura:

- allana los caminos para el encuentro;

² Cfr. Benjamín González Buelta, *Caminar sobre las aguas. Nueva cultura, mística y ascética* (España: Sal Terrae, 2010), 186-187.

- ahuyenta los temores;
- impregna de afecto los trayectos interpersonales;
- facilita el clima de libertad y espontaneidad deseadas para la mutua donación;
- no es amiga de la necesidad, sino de la capacidad de desposesión, de descentramiento y de entrega oblativa;
- se hace cargo;
- se adelanta, atiende, apoya, soluciona;
- es creativa, se le ocurre cosas nuevas, tiene inventiva;
- se distancia del cálculo, de la utilidad y el precio.

La ternura nace de un corazón agradecido que sabe de lo mucho que ha recibido, sabe que su vida es hija del convivir con otros, de la cordialidad, de poner en juego la delicadeza de los afectos; de mantener el corazón en paz, de superar las faltas; sabe de las debilidades, limitaciones, inconsistencias, y acoge la realidad tal como se presenta.

Ser una mujer tierna, ser un hombre tierno en este mundo, es hacerse alcanzable, es perder cáscaras, protecciones, para abrirse a los demás, a sus heridas, a sus necesidades, a su cariño y dejarse afectar.

¿No son estos los gestos Eucarísticos? ¿No es esto en lo que nos convertimos? Todo pasa por la entrega plena, sin resistencias, en la permanente tarea de hacernos hermanas y hermanos.

¿Cuánto necesitamos de la ternura, de la revolución de la ternura para nuestro mundo! Este Congreso debe impulsarnos a acudir a la escuela de la ternura. ¿Y qué significa acudir a esta escuela? Abrirnos a los horizontes inefables de la Ternura Absoluta. ¿Acaso no es Dios la fuente inagotable y la cumbre de toda ternura para quienes nos dejamos amar por Él y aprendemos de Él a amar tiernamente la vida y todas las realidades de la creación? ¿No estamos acaso invitados a convertirnos en torno a la Eucaristía en comunidades de la ternura? ¿Y cómo son esas comunidades?

- Son comunidades incluyentes, “casa abierta para quienes no tienen patria ni hogar”.

- Son comunidades hospitalarias, que abren las puertas del corazón a la acogida y al cuidado como valores que quiebran la lógica de los poderes excluyentes.
- Son comunidades sororales y fraternas, donde se aprende a vivir en *fraternura*³, a escucharnos y ayudarnos mutuamente, compartiendo los pesares, celebrando en común la misma vida.
- Son comunidades de celebración y fiesta, signo del gozo compartido, de gratuidad y gratitud.
- Son comunidades que no se quedan aferradas a la mesa o conquistando espacios y asientos, sino que salen a los caminos, a las cunetas de la sociedad para invitar a todos a participar del banquete, ofreciendo tanto el Pan de la palabra como el Pan que alimenta para la vida presente y la futura.

El Hijo enviado concretiza en la historia el designio amoroso y tierno del Padre en toda su profundidad y anchura: la encarnación, la redención, la resurrección y la glorificación, para hacer presente en el mundo la plenitud donada por Dios. Él ha hecho posible la comunicación del Espíritu, que ha permitido, aún la diversidad de lenguas y de culturas, nos enriqueciéramos en la diferencia, consiguiendo de este modo que todos y cada uno tejamos la riqueza de la fraternidad universal con lo que somos y como somos. A la luz de la Eucaristía, jamás la diversidad podrá considerarse una amenaza. Recordemos que la diversidad de hebras en sus colores y espesor, siempre hará más hermoso el diseño y más novedosa la trama.

En el contexto de la celebración de la Última Cena, el gesto más elocuente de Jesús, fue el de partir el pan, y partiéndolo se dio sin reservas, traspasando toda humana frontera. Partir el pan en ese entorno de intimidad, expresaba y creaba la fraternidad, porque suprimía las barreras discriminatorias. No fue solo un rito, iba unido a la preocupación porque todos se sentaran a la mesa de la Vida, porque todos tuviesen un lugar, porque todos pudiesen alimentarse y alcanzar la vida eterna, que plenifica en esta tierra y da gozo en la celeste.

³ José Ignacio González Faus, «Fraternura (A modo de prólogo)», SJ, *Revista Iberoamericana de Teología* nº 34 (2022): 33-38.

Partir el pan, insistirá la biblista Dolores Aleixandre, «es mucho más que un gesto ritual: es una forma de comer que expresa una forma de vivir. Hacemos memoria de Jesús para seguir haciendo lo que Él hizo: partirse la vida, vaciarse hasta la muerte, según la expresión del cuarto canto del Siervo (Is 53, 12). De esa memoria nace nuestra fraternidad, y solo se reconoce a Jesús al partir el Pan cuando el estilo de vida que Él expresó en su entrega se hace presente, aunque sea germinalmente, en los que pretendemos seguirle»⁴. Y, lo fundamental del cristianismo a partir del gesto Eucarístico, se juega en este ejercicio de la fraternidad plasmada en relaciones horizontales, gratuitas y abiertas, de entrega de sí, en el cara a cara, en la convivialidad, en la defensa de los derechos humanos y de la vida en todas sus formas.

Para celebrar la Eucaristía precisamos una mesa dispuesta, mueble social por excelencia. Ella, accesible por todos sus lados, está hecha para ser rodeada. Es el espacio de la escucha, del diálogo, símbolo de las posibilidades de convergencia y entendimiento. En torno a la mesa los rostros se reflejan, las miradas se compenetran. La mesa carga el espacio interpersonal de una densidad de presencia, que alcanza su cima de expresividad cuando es destinada a la comida fraterna. La mesa posee, sin duda alguna, una virtud de epifanía: porque la acción de comer juntos constituye un momento absolutamente privilegiado de la comunicación interhumana, donde el otro aparece -se manifiesta- realmente como mi semejante⁵.

Hoy, ¿cómo ampliamos la mesa de la fraternidad? ¿Cómo pasamos del yo al nosotros? ¿Cómo concretizamos el sueño de una Iglesia sinodal? ¿Somos ante el mundo una señal visible y perceptible de fraternidad? La mesa de la fraternidad debe convertirse en un espacio donde las relaciones humanas de dominación se transformen en relaciones de hermandad y las relaciones de esclavitud en relaciones de libertad.

Nuestro anuncio debe conectar lo divino con lo terrenal, salvando y redimiendo la historia humana y liberando a la humanidad de todas las opresiones. Todo lo demás en la Iglesia —sacramentos, doctrinas, normas morales, formulaciones dogmáticas— debe estar subordinado a este objetivo, permitiendo que Dios se manifieste a través de su Hijo

⁴ Dolores Aleixandre, *Siete Verbos elementales de acceso a la Eucaristía*.

⁵ Cfr. Xabier Baurko, *Para comprender la Eucaristía* (Pamplona: Verbo Divino, 2005), 16-17.

Jesucristo, quien, con su muerte y Resurrección, nos ha hecho hermanos, hijos de un mismo Padre-Madre, fraternidad redimida⁶.

Jesús para redimirnos, recorrió nuestro camino hasta el final, «se despojó de sí mismo, asumió la condición de esclavo y se hizo semejante a los seres humanos» (Flp 2, 7), compartió nuestras decepciones y amarguras, aceptó ser víctima de la incompreensión y del odio, y, en este contexto existencial de dolor, dio pruebas de su fidelidad a Dios y de su amor redentor a la humanidad.

En el testimonio de la vida de Jesús se insertan sus relaciones de predilección por los que sufren de marginación social, religiosa y sufrimiento físico. Las numerosas curaciones de enfermos son signo de la curación global o redención que Él ofrece, exigiendo nuestra participación comprometida de fe. En la otra vida glorificada por Cristo Resucitado, se verificará la plenitud de la vida, la victoria completa sobre toda forma de sufrimiento, porque ya «Él secará toda lágrima... y ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor...» (Ap 21, 4). Pero atención, esto ya comienza aquí, en el tejido amoroso y cotidiano de las relaciones humanas.

¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está tu hermana? ¿Quién es tu prójimo? ¿Cómo poner oído y manos para ayudar a las multitudes que caminan como ovejas sin pastor? ¿Cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o encarcelado y no te ayudamos? ¿Cómo dar de comer a tantos con solo cinco panes y dos peces?

Para visibilizar al hermano, para hacerme prójimo, para caminar con olor a oveja, para dar de comer, o saciar la sed, para ser hospitalario, vestir al desnudo, visitar al enfermo y al privado de libertad en las múltiples formas de esclavitud, se trata de entrar en la propia profundidad, en la interioridad de nuestro ser para descubrir la última verdad de lo que somos: relación, conexión, comunión, nosotros. Experimentar la vinculación con toda la humanidad, con toda la realidad y con el Misterio sustentante y vinculante de todo lo que es, desafía nuestro ser de mujeres y varones creyentes.

⁶ Cfr. Ignacio Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia* (España: Sal Terrae, 1984), 270-271.

Esa experiencia de unidad, sin duda, despertará la sabiduría de nuestro corazón, conmoverá nuestras entrañas y nos impulsará a vivir como verdaderas hermanas y hermanos. Provocará sentir la responsabilidad ante una realidad que clama, que grita, que espera palabras y gestos oportunos; que nos invita a ser pan partido y repartido, entregado por la causa de un mundo más justo y más fraterno.

En tiempos de Jesús, los publicanos, los pecadores, los enfermos, las mujeres excluidas, los pobres y endemoniados tenían algo en común: todos ellos habían sido marginados por la sociedad en la que vivían. Compartir la mesa significó incluirlos en el espacio sagrado. Al compartir la mesa y los alimentos con los excluidos, aquellos que la sociedad considera sobrantes o improbables, Jesús les anuncia y realiza la vida según Dios, ellos son sus favoritos y las comidas de Jesús se convierten en la manifestación del Reino. Ellas son para Jesús actos performativos, donde Él da a conocer al Padre, explica su Proyecto, extiende el espacio con gestos igualitarios. La mesa presenta una posibilidad efectiva de comunión, lazos fraternos entre desiguales y desconocidos. Acogiendo y comiendo con los pecadores, Jesús realiza la misericordia, instauro el perdón y dona la salvación.

Por eso, en las sociedades de la exclusión donde tanta gente vive de migajas, partir el pan de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras energías, afecto, ocio, con los excluidos, visibilizar su realidad, nombrarlos, sentarnos a mesa es un signo evangelizador en sí mismo, que continua desafiándonos como Iglesia fraterna. Porque, como dice el Papa Francisco, «hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí» (FT 97).

Proclamar al Dios de la vida en medio de los más desfavorecidos, es defender un proyecto que sea como mesa Eucarística, en la que todos tienen el mismo acceso a la comida y a la bebida, una «comensalidad abierta que Jesús inauguró» (J. Crossan).

Sigamos haciendo memoria de su vida y de la dinámica inclusiva del banquete Eucarístico. Honremos la fraternidad redimida en su Cuerpo y Sangre entregado por la salvación plena de toda la humanidad.

¡Hemos sido redimidos! La redención transformó nuestra vida de creyentes, ofreciéndonos una nueva identidad y una relación restaurada con Dios. Pero nos toca a cada uno de nosotros seguir poniendo en pie a tantos invisibilizados por la sociedad, seguir levantando la dignidad de los caídos y estrechando una mano a quien necesita de afectos sanadores.

Nos toca seguir bajando una y mil veces desde Jerusalén a Jericó, para permearnos de los gestos del Buen Samaritano, para adquirir su percepción de la realidad, para agudizar la mirada, para aprender a detenernos, para focalizarnos en lo esencial.

No es tiempo de desviar la mirada, ella nos compromete con el entorno. No es tiempo de pasar de largo, porque en algún otro recodo del camino, seré yo mismo quien se sienta necesitado de un gesto solidario. No es tiempo de aplazar la compasión. Seamos compasivos y compañeros de camino. La palabra compañero proviene del latín *cumpanis* que significa «aquel con quien se comparte el pan», un recordatorio de que el pan se trenza con amor mientras se fomenta el acto de compartir. Somos hermanos porque comemos de una misma mesa. Sí, somos tienda Eucarística, tienda del encuentro, donde estamos todos invitados a unirnos a este gran sueño de una fraternidad redimida y sanada por el amor total de Cristo (Cfr. Doc. Base 10).

Trajimos el corazón a este Congreso para dejarnos mirar por Jesús Eucaristía, pero ahora los invito a pensar con los pies, porque será caminando y con los pies en el barro, como nos haremos hermanos. Así reza nuestro hermano Obispo Pedro Casaldáliga:

Piensa también
con los pies
sobre el camino
cansado
por tantos pies caminantes.

Piensa también, sobre todo,
con el corazón
abierto
a todos los corazones
que laten igual que el tuyo,
como hermanos,
peregrinos,
heridos también de vida,
heridos quizá de muerte.

Piensa vital, conviviente,
conflictivamente hermano,
tiernamente compañero.

Pedro Casaldáliga